La vía verde

(MATILDE)

Sus padres habían comprado esa enorme casa amarilla junto al campo de girasoles que rodeaba la vía verde. Cada tarde salían a pasear para disfrutar del aire limpio y contemplar cómo una antigua vía férrea era ahora un sendero rural.

En su cuarto cumpleaños, Santiago, no muy alto, encontró en el patio amarillo una bicicleta sin pedales con un lazo enorme. Era fantástica. En dos días llegó al viejo olivo de la vía, con su madre gritando detrás por si daba un traspiés. Y en su quinto cumpleaños, llegó al patio una de 16 pulgadas. Podría llegar muy lejos, pero su madre se negó: —Santiago, no conoces el peligro, puedes llegar hasta el puente viejo, y papá y mamá estaremos atentos. Y así pasaron algunos años, yendo y viniendo al puente, hasta que, a los 11, una bicicleta de montaña, de 26 pulgadas, y un casco molón aparecieron en el porche. Su madre solía lamentarse: —Me preocupa que crezca tan rápido, tengo tantos recuerdos de su infancia. Y ahora, ya ves, comienza a recorrer su propio camino.

Su nueva bici le abrió el horizonte y poco a poco, a medida que cumplía años, se alejaba un kilómetro más, mientras los girasoles, al atardecer, se despedían del sol y debía darse prisa para volver a tiempo a casa. En una ocasión, le pilló la tormenta, y tuvo que volver empapado.

A los 12 años, llegaba al merendero, y a los 15, se acercaba a las siete colinas. Ya entonces sus piernas se habían alargado tanto, que en su 16 cumpleaños recibió una estándar de adulto de 29 pulgadas. De noche ya no la dejaba en el

patio amarillo. La guardaba en un cuartillo en el que su padre le ayudaba a engrasar la cadena y ajustar los cambios. Y así fue sumando nuevos kilómetros. Llegó al cerro de Santa Brígida, y hasta Gerena, y a Camas, y bajó a la orilla del Guadalquivir, siguió su curso, y alcanzó San Juan de Aznalfarache y Coria.

La vida avanzaba y sus padres, con dificultades para subir las escaleras de la casa amarilla, se mudaron a una residencia. En una de sus visitas, Santiago les llevó un álbum con las fotos más bonitas de sus paseos por los campos de girasoles. Ahora la vía es ocre, azul y gris, y muchos cultivos han sido reemplazados por placas solares.

El día de su 58 cumpleaños pensó que, cuanto más lejos llegaba con su bici, más tramos quedaban por recorrer, como si la vía creciera mientras dormía en la casa amarilla, como si el tiempo vital no bastara para alcanzar el final del trayecto.

Cansado, Santiago decidió sentarse en una de sus primeras paradas, junto al viejo olivo, más viejo que él. Un grupo de niños hacía carreras con sus pequeñas bicis con batería solar, y uno de ellos se paró a preguntar: —¿Falta mucho para el final?

—¿El final? —sonrió Santiago, sin saber cómo explicarles que la vía no atraviesa el campo, sino la vida.